Misioneros de los Sagrados Corazones
de Jesús y María (Mallorca)

Casa Central
Virgen del Sagrario, 22 - 4º
28027 MADRID (España)

Reg. SupGen.: 08/2018/05

SANAR LOS CORAZONES HERIDOS

Valencia, 9 de agosto 2018.

Queridos hermanos y hermanas Congregantes, Laicas y Laicos M.SS.CC., colaboradores de los Centros Educativos Joaquim Rosselló, de la Fundación Concordia Solidaria, de Misiones SS.CC. - Procura y todos aquellos y aquellas que, de un modo u otro, os sentís vinculados a nuestra familia misionera y sacricordiana:

Hace unos días cayó en mis manos el último número de la Revista CONFER titulado *'Sanar y salvar'*. En él se recogen diversos artículos donde se reflexiona sobre cómo vivir más saludablemente la propia vida y vocación frente a tantas dificultades -cansancio, estrés, sobrecarga de trabajo- a las que hoy se enfrentan muchos religiosos y también laicos, y poder ser así espacio curativo para los demás.

Su lectura me ha resultado muy sugerente y me ha hecho reparar en la *dimensión terapéutica* de nuestra espiritualidad sacricordiana y congregacional.

Confieso que he redactado esta carta con poco tiempo y sobre todo con poca competencia sobre el tema de que trata. Pero me gustaría compartir con vosotros -ahora que vamos a celebrar un nuevo cumpleaños de nuestra Congregación- algunas intuiciones que pueden ayudarnos a descubrir el potencial que tiene el Evangelio de Jesús -leído en este caso desde la perspectiva cordial de nuestro carisma- a la hora de *'sanar los corazones heridos'* (Is 61,1). Presiento que el tema daría mucho más de sí, pero me conformo con aportar algunas sugerencias que otros, con más preparación que yo, podrán ahondar y completar.

TERAPIAS Y CAMINO ESPIRITUAL

Todos sabemos que en el mercado actual podemos acceder a numerosas ofertas de medicina alternativa y técnicas sicológicas que, cada una su modo, prometen un camino de sanación frente a tantas patologías y desajustes psico-somáticos como hoy se diagnostican en nuestro mundo.

El camino espiritual, en cambio, no puede entenderse como una terapia ni ha de confundirse con ella. Su meta no es el 'estar bien' o la autorrealización personal. Lo que anhela es encontrarse con Dios y dejarse guiar por su Espíritu. Pero es indudable que en ese proceso el ser humano puede resultar restablecido y transformado. Por eso podemos decir que la experiencia de fe y la espiritualidad -también la espiritualidad cristiana- poseen un valor o dimensión terapéutica que no podemos ignorar y que ha sido incluso objeto de estudios especializados.

El mensaje del Evangelio tiene una virtualidad benéfica que se sitúa a otro nivel que la medicina o los métodos y escuelas sicológicas. Aun así, Jesús aparece muchas veces en sus páginas como sanador y terapeuta. La salvación que él ofrece es más que curación en sentido médico y no se puede reducir a la salud corporal o psíquica, pero estas dimensiones también quedan integradas en ella.

En contacto con Él muchas personas enfermas, encorvadas, postradas, disminuidas, alienadas, oprimidas por toda clase de males son liberadas y recobran la salud. Restituidos en su dignidad y recompuesta su condición humana herida, recuperan su integridad y pueden recomenzar a vivir 'sanos y salvos' conforme a lo que están llamados a ser en plenitud.

Ese propósito, quedé sorprendido al toparme hace algún tiempo en el Whatsapp con el dibujo que ilustra esta carta. En él se invierte la dinámica del encuentro entre Tomás y el Traspasado-Resucitado (Jn 20,24-29). En vez de ser el primero el que mete su mano en la llaga del costado del segundo, es Jesús quien toca el corazón herido del apóstol incrédulo. El texto que lo acompaña dice: *'Y Tomás encontró al Resucitado cuando permitió que fuera él quien tocara lo profundo de sus heridas'*. Cuando Jesús 'pone el dedo en la llaga' es para curarnos, aunque a veces 'escueza' un poco eso de tener que enfrentarse a las propias lastimaduras.

Vamos a dejar también nosotros que el Señor toque con su misericordia y compasión las heridas de nuestros corazones para hacernos conscientes de ellas, asumirlas, aliviarlas y curarlas en lo posible para de ese modo poder ayudar a otros a sanar las suyas.

LA DIMENSIÓN TERAPÉUTICA DE NUESTRA ESPIRITUALIDAD

Comparto ahora algunas de esas sugerencias -seguramente no del todo reflexionadas y ponderadas- sobre lo que la espiritualidad sacricordiana, tal y como fue entendida por nuestro Fundador, puede aportar a la hora de tratar las *'enfermedades del corazón'*.

Y lo haré organizando mis ideas en torno a nuestros *símbolos*. Esos que afloran en los escritos del P. Joaquín y encierran una gran riqueza de significados cuando hablamos de curar heridas.

CORAZÓN: Armonizados desde el amor.

El *corazón* es visto en la Biblia como el núcleo íntimo del ser humano donde tiene su origen todo lo que éste es y hace. En él está cifrado su misterio insondable. Lo que piensa, lo que siente, lo que decide… todo brota de ese *'profundo centro'* en el que se entrecruzan sus facultades, sus actitudes, sus valores, y desde el cual se relaciona consigo mismo, con los demás y con Dios.

Por eso la Escritura anima a *'cuidarlo'* pues de él brotan *'las fuentes de la vida'* (Prov 4,23). Fuentes que pueden manar limpias y cristalinas o bien contaminadas, envenenadas y ponzoñosas. Del corazón puede surgir lo mejor y lo peor. Como 'centro vital' está llamado a estructurar, armonizar e interrelacionar las múltiples dimensiones de la existencia. En él se localiza ese ámbito interior donde se fragua desde dentro la *'unidad de vida'* que caracteriza al ser humano pleno y realizado.

El *corazón unificado* es fuente de salud porque simboliza la capacidad de vivir 'centrados', dueños de sí mismos, capaces de equilibrar cuerpo, mente y espíritu para no vivir en conflicto sino en armonía con nuestro ser más profundo. No en vano los sicólogos nos advierten de que la causa de todo trastorno síquico está en el 'desdoblamiento' que nos lleva a vivir interiormente divididos y escindidos.

En efecto, cuando el corazón humano se deja ocupar por ambigüedades y engaños (Cfr. Jr 17,9) aparecen lo que podríamos llamar las *'enfermedades del corazón'*. A causa de ellas nos vemos introducidos en dinámicas 'esquizofrénicas' que nos rompen por dentro, nos 'descentran' y dañan nuestras relaciones con nosotros mismos, con los demás y con Dios pues afectan no a lo superficial o epidérmico, sino a lo más íntimo y nuclear. Entre ellas la Biblia denuncia sobre todo la *'esclerokardía'*, es decir, la *'dureza del corazón'*.

Enfermar del corazón -porque éste se endurece, se divide, se extravía…- puede, afectar a nuestro entendimiento, memoria, voluntad, afectos, temperamento, emociones y sentimientos… Sanar el corazón supone, por el contrario, crecer desde dentro, atendiendo así a la integridad e integración del ser humano que necesita madurar y desarrollarse en todos estos ámbitos de modo orgánico y totalizador.

Hablamos así de una *'salud integral'* que no se refiere a algo puramente biológico o somático sino que interesa a toda la persona y requiere por tanto un enfoque global. Humanizar sería promover esta *'salud holística'* que atiende al individuo completo, en todas sus dimensiones: física, mental, intelectual, social, emocional, sicológica, espiritual moral y religiosa.

Una espiritualidad cordial y sacricordiana como la nuestra tendrá, por tanto, la capacidad de diagnosticar y tratar esas patologías teniendo como referencia ese *'corazón nuevo'* del que hablan los profetas (Ez 36,26) y que para nosotros se ha materializado en los Corazones de Jesús y de María. En ellos tenemos un modelo acabado de esa humanidad plena y transformada que está llamada a poseer el Reino.

El corazón es además *símbolo del amor*. Nuestra espiritualidad es una espiritualidad del amor y en ese rasgo se esconde otra de sus más destacables capacidades terapéuticas, porque no hay fuerza curativa más potente que la que brota de él. Como dice *'Nuestro Credo de la Animación'*, el amor *'libera, promueve, confía, ayuda, anima, hace crecer'*. No podemos ser auténticamente ni ayudar a sanar a otros si no *'conocemos el amor'* (1Jn 4,16).

Los sicólogos lo saben muy bien. Experimentar un amor incondicional es la condición previa y necesaria para la salud psíquica y en la raíz de muchas enfermedades y patologías hay una carencia de amor. Quien no se siente querido o no ha experimentado su existencia como acogida y aceptada por los otros, no puede crecer sano. Su maduración personal puede quedar gravemente hipotecada.

Sin esa experiencia básica y fundamental se hace imposible una saludable autoestima. De ello se pueden derivar después notables desajustes en nuestras relaciones. Quien no se siente amado tampoco puede tener aprecio por sí mismo, con lo que se hace inviable esa condición de posibilidad para cumplir el mandamiento de Jesús que nos ordena amar al prójimo *'como a nosotros mismos'*.

Nuestra espiritualidad, en cambio, nos pone delante de Alguien que nos ha amado hasta el extremo (Jn 13,1) y nos ofrece un perdón ilimitado. Por eso se ha entregado totalmente por nosotros, sin reservarse nada. Su Corazón abierto es el símbolo más expresivo de esa donación sin medida y al contemplarlo nos damos cuenta de que somos importantes y valiosos para Él.

Somos amados incondicional y absolutamente por un Dios que es amor. Los Sagrados Corazones visualizan para nosotros esa convicción sanante. La conciencia de este hecho hace que nuestra vida sea una vida lograda e incluso pueda superar experiencias de desamor que quizá la han lastrado y bloqueado desde la infancia.

FUEGO: No quemados sino ardientes.

Nuestro Fundador deseaba *'que todos seamos un fuego'*. Que nos hagamos portadores del mismo fuego que Jesús vino a prender en la tierra (Lc 12,49). De ese fuego del amor de Dios que contemplamos en los Sagrados Corazones, que nos enciende por dentro y nos empuja a extenderlo por todas partes. Con esta imagen poderosa y dinámica, el P. Joaquim nos animaba a no cejar en nuestra vocación misionera y estimulaba nuestra fogosa entrega al anuncio del Evangelio.

Tradicionalmente se contraponía este fuego a la *'frialdad del mundo'* y se nos advertía sobre el peligro de que aquel se apagase o extinguiese. Había por tanto que avivar sus llamas para que ese 'frío' no lograse apagar nuestro ardor creyente y helase nuestra caridad. La tibieza que denuncia el libro del Apocalipsis (Ap 3,16) sería el resultado de ese enfriamiento progresivo de una vida que ha perdido de vista sus motivaciones más hondas.

Pero no es el *'frío'* la única imagen posible para entender ciertos procesos que entibian el empuje de nuestra vocación como M.SS.CC. Cuando ese fuego se debilita o extingue, podemos ser abrasados por *'otros fuegos'* que, lejos de impulsarnos, nos calcinan hasta devorarnos por completo. En efecto, no es lo mismo estar *'encendido'* que *'quemado'*. No es lo mismo verse enardecido por el fuego del amor que chamuscado por el fuego del activismo.

En ese sentido, la psicología actual habla del 'Síndrome del *burnout'* que amenaza con 'requemar' o 'desgastar' sobre todo a quienes practican profesiones de ayuda (médicos, docentes, psicólogos…)[1].

Se trata de una forma de estrés que surge sobre todo en el campo laboral y que acaba produciendo una sobrecarga y agotamiento emocional de consecuencias muy negativas para la persona. Entre sus síntomas podemos enumerar la fatiga crónica, la desmotivación, la merma de vitalidad, la insensibilidad y deshumanización en el trato, la falta de realización personal, la pérdida de gusto por el propio trabajo, la baja autoestima, el nerviosismo, la irritabilidad, etc… Quienes lo padecen se ven sometidos a una crisis de identidad que les lleva a cuestionarse por el sentido de lo que hacen. Se notan apáticos, desfondados e insatisfechos y comienzan a buscar compensaciones para contrarrestar lo que experimentan como una profunda frustración vital.

[1] Lo que digo en este apartado está inspirado muy de cerca en uno de los artículos publicados en la Revista CONFER que he mencionado al inicio de la carta. El autor es Gonzalo Fernández Sanz, cmf y se titula: *'De quemados a encendidos'.*

No es posible entrar aquí en un análisis más detallado de este síndrome que parece cundir cada día más, también entre sacerdotes y religiosos, especialmente jóvenes y de mediana edad. Tampoco nos podemos detener en las causas que lo provocan especialmente entre estos últimos, si bien los profesionales afirman que el *'burnout'* se desencadena no tanto por el exceso de trabajo como por la pérdida de motivaciones.

Por eso, así como en algunos hospitales existen eso que se llama *'unidades de quemados'*, también en nuestras comunidades y grupos deberían convertirse en espacios de sanación donde revertir esas 'quemaduras' que nos desgastan interiormente hasta el punto de ocultarnos el sentido de nuestra vocación y recuperar así la frescura del 'amor primero' (Ap 2,4), del fervor de los inicios que da sentido a nuestro seguimiento de Jesús y a nuestro compromiso misionero.

Aplicaremos la técnica sugerida por el Maestro-Médico de Nazaret que se identificó a sí mismo como *'manso y humilde de corazón'* y nos invitó acercarnos a Él para encontrar ese *'descanso'* que promete a los *'fatigados y agobiados'* (Mt 11,28-30).

Disponemos como instrumental terapéutico -¡puede parecer una extraña paradoja!- del fuego de los Sagrados Corazones. Porque sus llamas no provocan *burnout*. Son como las que contempló Moisés en la zarza del desierto, que arden sin consumir.

En contacto con esa *'hoguera de caridad'* que el P. Joaquim veía crepitar en los Sagrados Corazones podremos también descongelar las emociones a veces sumergidas en una especie de mar helado. En efecto, y como afirman quienes saben, la represión de los sentimientos está muchas veces en la raíz de muchas enfermedades síquicas. Una espiritualidad cordial nos facilita entrar en contacto con los propios afectos y necesidades. No para dejarse llevar inmediatamente por ellos. Se trata más bien de depurarlos y purificarlos para no convertirnos en personas 'tóxicas' que envenenan su propia vida y la de quienes les rodean.

Permitiremos así que afloren los afectos para poder 'observarlos' y manejarlos equilibrando mejor razón y co-razón. Sólo así podremos ser libres y señores de nosotros mismos dominaremos las inclinaciones de nuestro carácter y no contribuiremos a la contaminación del medio ambiente emocional.

Quizá sería inspiradora en estos casos la *'terapia Emaús'*, que Jesús -experto sanador- aplicó a aquellos dos discípulos que marchaban 'entristecidos' huyendo desengañados de su propia decepción. Con su presencia, sus preguntas, su escucha, su palabra y su partir el pan con ellos, el Señor reencendió sus corazones apagados. Así los hizo arder de nuevo en aquel fuego que les iluminó interiormente en su camino de vuelta hacia la comunidad y la misión que habían abandonado a causa de la profunda frustración que les produjo la muerte de Jesús.

De Él aprenderemos una forma de comunicar que trasmite calor y que resulta la única capaz de sanar a las personas. Como M.SS.CC. estamos llamados a reavivar el ascua interior, la hoguera del Espíritu para que nuestro lenguaje, nuestra predicación y nuestro testimonio de vida broten de un corazón ardiente y recuperen su capacidad de enardecer, despertar e infundir calor en medio de un mundo donde muchas palabras suenan como 'frías', dejan indiferentes e incluso ahuyentan y alejan del camino del Evangelio.

DESIERTO: Humanizados en el silencio.

Este símbolo de hondas raíces bíblicas evoca para nosotros la dimensión contemplativa de nuestra espiritualidad, fuertemente arraigada en la biografía de nuestro Fundador, cuya experiencia espiritual floreció en la soledad y el retiro de Sant Honorat.

Y aunque nosotros no somos monjes, sino misioneros, necesitamos 'recargar pilas' bien conectados a esa fuente de energía misteriosa que seguimos buscando en el desierto. Nos adentramos en él como en ese ámbito donde el Dios Amor nos atrae y nos convoca, pues es en ese ecosistema donde se dan las condiciones que hacen posible la oración entendida como encuentro gratuito y diálogo cordial con el Amado.

Una de esas condiciones es el silencio, tan ponderado y disfrutado por el P. Joaquim. De él se ha escrito que encierra una riqueza extraordinaria y contiene los nutrientes elementales para preservar nuestra salud humana, psíquica, psicosomática y espiritual. La sabiduría de las diversas culturas lo ha identificado como iniciador y cuidador del proceso de humanización auténtica.

Por eso hay que volver a él, sobre todo los que vivimos inmersos en esta sociedad urbana y tecnificada, tantas veces deshumanizadora, llena de ruidos que nos distraen y distorsionan la realidad. Una sociedad hiperactiva, superproductiva, pluricomunicada, e hiperconectada que, en cambio, nos roba la atención profunda y nos empuja a estar excesivamente volcados en lo externo. En el silencio podemos experimentar la paz que nos rehace en medio de las tensiones cotidianas, los vuelcos emocionales y la vida acelerada y sobrecargada que llevamos.

Más que nunca se hace preciso aprender a buscar y encontrar ese silencio en el propio interior, allí donde las perturbaciones se aquietan, se apacigua el barullo que nos dispersa, resuena una 'música callada' y habita una 'soledad sonora' que atempera y amansa… disolviendo el propio *caos* (desorden) y transformándolo en *cosmos* (armonía).

En el silencio se desencadenan diversos procesos muy 'terapéuticos' con capacidad para restaurar en nosotros la 'imagen y semejanza' según la cual fuimos creados. En él tomamos conciencia de nosotros mismos para situarnos con realismo y humildad en la existencia; aprendemos también a conocernos, aceptando nuestras capacidades y limitaciones y acogiendo nuestro yo-real sin tirar la toalla ante la finitud y la fragilidad; nos auto-poseemos para dar consistencia y perseverar en nuestro proyecto vital. En definitiva, nos entrenamos para poder darnos a los demás ofreciéndoles nuestros dones personales.

El desierto es también en la Biblia y en la tradición de los monjes un lugar de encuentro y lucha con las 'tentaciones' y los propios 'demonios', que en la Escritura aparecen siempre como fuerzas hostiles, deshumanizadoras y alienantes. Enfrentarse a ellos es condición de posibilidad para avanzar en la maduración personal, por lo que el paso por el desierto puede resultar sanante si de verdad nos ayuda a crecer en libertad interior frente a lo que nos domina y esclaviza.

La pérdida de la capacidad contemplativa nos reduce en cambio a piezas anónimas de una maquinaria sin corazón que funciona movida tan sólo por la superficialidad, la productividad y el consumo.

El silencio es como el atrio de nuestro templo en el que habita el Espíritu. Es el canal para conectar con nuestra interioridad. Y ese contacto resulta imprescindible para la salud interior pues sin él la persona se convierte en víctima de numerosas patologías al no poder ensanchar las capacidades que más claramente le constituyen como ser humano: pensar, meditar, reflexionar, escuchar, escribir, preguntar, leer…

La interioridad es además el espacio natural para la oración, en la que nuestro corazón entra en diálogo gratuito con el Corazón de Dios. En esa comunicación cordial podemos conocerle a Él a la vez que nos conocernos en nuestra verdad más honda. En la oración escuchamos su

Palabra que contiene una tremenda virtualidad terapéutica porque *'escruta los sentimientos y pensamientos del corazón'* (Heb 4,12). De este modo se nos da la oportunidad de romper los ídolos que deforman la imagen de Dios y de paso las imágenes tergiversadas de nuestras personas que tanto distorsionan nuestras relaciones con Él, con nosotros mismos y con los demás.

A la oración vamos con lo que somos. Es como un mirador que nos permite observarnos con libertad interior. En ella nos hacemos conscientes de nuestros patrones existenciales: nuestros miedos, huidas, cobardías, depresiones, carencias, frustraciones, tendencias agresivas, expectativas desmesuradas, celos, deseos, susceptibilidades, rabias, tristezas, pasiones… Y así podemos ahondar en las raíces de lo que lo que nos bloquea y debilita vitalmente. Cuando estamos dispuestos a enfrentarnos a nuestra verdad, la fuerza sanadora de Cristo puede fluir en la plegaria y 'tocar' nuestros desgarrones y heridas interiores. Más allá del 'ego' surge entonces el yo más auténtico.

Aclaremos que no faltan los estudios científicos sobre la fuerza sanadora de la oración. Eso no significa que sea un remedio mágico. Tampoco se ha de confundir con una 'técnica terapéutica'. Su objetivo no es superar las propias enfermedades o 'neuras' sino provocar el encuentro con Dios que nos atrae hacia sí porque quiere que seamos felices. Es un acto de confianza en su Amor desinteresado. Pero también es verdad que nos introduce en un camino de pacificación interior que puede conducir a sanar muchas heridas, sobre todo si se practica la contemplación o meditación.

A este propósito podemos mencionar aquí la conocida como *'oración del corazón'*, muy arraigada en la tradición monástica pero practicada también hoy por muchas personas y grupos. O también la *'Lectio Divina'*, afortunadamente presente en muchas de nuestras comunidades y grupos. Sea cual sea la forma empleada para orar, lo importante es identificarnos con las actitudes del Corazón de María y aprender de ella a *'rumiar'* la Palabra hasta que nos transforme por dentro y se erija en nuestra *'pauta vital'*.

OASIS: Comunidades que acompañan en medio de la aridez.

En un párrafo bien conocido de sus *Notas*, el P. Joaquim imagina a nuestras comunidades M.SS.CC. como *oasis* en medio del desierto. Como espacios donde reposar y rehacer las fuerzas antes de reemprender la marcha en ambientes quizá hostiles, áridos e inhóspitos donde habrá que sortear peligros y amenazas… La imagen es tremendamente sugerente, relajante y hasta refrescante.

El oasis constituye un ecosistema muy particular. Sin ellos la vida en los desiertos sería imposible. Por eso son lugares de paso obligado donde confluyen los caminos de las caravanas que los atraviesan. En ellos hay sitio para todo el que llega y se recrea un ambiente y una atmósfera muy propicia para favorecer la *'cultura del encuentro'* de la que tanto habla el Papa

Francisco. Una cultura terapéutica en un mundo donde las dinámicas creadas por el individualismo y la competitividad parecen llevar la delantera y amenazan con debilitar los vínculos y necrosar el tejido humano y social.

Por eso, una *'comunidad-oasis'* es aquella donde se crean lazos interpersonales estables y profundos; donde se sale de uno mismo para ir al encuentro del otro; donde se comparte lo que se tiene, lo que se sabe y lo que se es; donde 'convivir' no significa sólo vivir bajo el mismo techo sino crear verdadera comunión; donde se establece un diálogo recíproco y una comunicación real y no virtual entre personas; donde se practica la solidaridad y las cargas se llevan entre todos; donde se cultiva la gratuidad y la ayuda mutua; donde las diferencias de edad, origen, lengua, cultura, formación, tradiciones diversas… se experimentan como riqueza; donde se supera el miedo a la relación con los demás; donde personas muy diferentes pueden llegar a saberse hermanos.

En una *'comunidad-oasis'* nadie se siente extraño. Cada uno es escuchado, comprendido y reconocido como es. Los fallos se disculpan y se trabaja por la reconciliación. Los unos experimentan el apoyo de los otros, se interesan por ellos, atienden a sus necesidades, empatizan con sus sentimientos y se curan mutuamente las magulladuras y golpes del camino. Cada cual es objeto de respeto y se favorece la realización de todos, pero nadie se siente autosuficiente ni impone a los demás su programa personal, sino que se construye el 'nosotros' porque en el desierto no se puede sobrevivir solos. Ninguno se considera independiente ni dependiente de los demás, pero todos se saben interdependientes y parte de un mismo proyecto. Se cultiva una fraternidad que va más allá de afinidades humanas porque el otro es descubierto como un don de Dios.

La *'comunidad-oasis'* es la que se sienta junta alrededor de la mesa de la Eucaristía para alimentarse con una Palabra que fortalece en la debilidad y con un Pan al que los Padres de la Iglesia llamaron ya *'medicina de inmortalidad'*. Es la mesa donde crecemos y maduramos como familia a medida que vamos alejando de nosotros esas 'enfermedades' agudizadas por el egoísmo que nos encierra en nosotros mismos, privándonos así del otro junto con el que estamos llamados a alcanzar nuestra verdadera estatura humana.

La *'comunidad-oasis'* es esa *'sala de entrenamiento del corazón'* donde primeramente debemos poner en práctica el mandamiento nuevo. Ese que nuestro Fundador quiso 'traducir' en clave sacricordiana: *'Amaos como los Sagrados Corazones os aman'*. En ella nos sentirnos amados y podemos amar. Lo segundo no sería posible sin lo primero, ya lo hemos dicho más arriba. Nada hay nada más terapéutico que saberse querido, protegido, acogido, aceptado... Amamos porque somos amados. Porque cada hermano y cada hermana está llamado a ser testigo del mismo amor con que nos aman los Corazones de Jesús y María. Así formamos 'un solo corazón' y hacemos creíble la buena noticia del Evangelio: 'Dios es amor'.

Una *'comunidad-oasis'* es capaz de remansar y dispensar el agua de la vida, aquella que quita la sed para siempre (Jn 4,14). Nosotros sabemos que su venero mana del costado de Cristo traspasado en la cruz (Jn 19, 34). Es la corriente cristalina que brota del Cordero y cuyas aguas son medicinales para todos los pueblos (Ap 22,1-2). Si bebemos en ese pozo (Jn 4,6-7), su caudal se transformará en nosotros en un manantial de agua limpia que podremos ofrecer para apagar la *'ardorosa sed'* de sentido que muchos arrastran por la vida sin saber cómo canalizar sus necesidades, sus deseos, sus anhelos (Jn 7,37-39).

Por eso, una *'comunidad-oasis'* resulta evidentemente atractiva, porque se presiente, se reconoce y se busca como espacio de crecimiento y maduración personal y social. De ahí que puedan ser también *comunidades acompañantes* en medio de situaciones de aridez agudizadas por el egocentrismo, el aislamiento, la incomunicación, la soledad, el *ombliguismo* y la autoreferencialidad. Ellas forman un ecosistema inmunizado en medio de un mundo infectado

por el virus de las injusticias, los conflictos interétnicos, el racismo, la xenofobia, la *aporofobia*[2] y ciertos modelos sociales, políticos y económicos que destruyen la solidaridad y hacen muy difícil la convivencia.

Sobre la dimensión terapéutica y sanante del *acompañamiento espiritual* podrían decirse muchas cosas, pero eso requeriría un estudio aparte. El icono de Emaús al que ya hemos aludido resulta muy sugerente y fecundo en este sentido. En todo caso subrayo que en la tradición del Fundador, ese acompañamiento tiene también una dimensión comunitaria que deberíamos cultivar creativamente para ser, desde ese ministerio tan carismático, un verdadero *'competente socorro'* que sepa dar una respuesta adecuada y oportuna a ese 'mundo desertizado' en medio del cual estamos llamados a ser *'oasis de frondosidad y verdor'*.

TRASPASADOS: Sanadores heridos.

Al mirar al Traspasado (Jn 19,37) comprobamos admirados que de la llaga de su costado surge una fuente impetuosa. Lo que se originó por la violencia y la crueldad se ofrece como un río de vida, de salud y de salvación. Por eso este icono encierra en sí un increíble potencial de sanación que nos enseña a transformar las propias heridas en manantiales donde otros puedan saciar su sed. Además esas llagas siguen impresas en su cuerpo resucitado. Y Él nos invita a tocarlas para que su luz nos ilumine cuando llega el momento de atravesar el túnel oscuro del dolor.

De esa contemplación brota nuestra vocación de *'servir al Traspasado en los traspasados'*. Lo hacemos no encumbrados en la omnipotencia, la superioridad o la infalibilidad. No nos mostramos blindados en las seguridades absolutas de quien piensa tener recetas y remedio para todo sino que nos ofrecemos a ayudar desde la limitación, la fragilidad y la vulnerabilidad. No podemos olvidarnos de que somos *'sanadores heridos'*.

Mirando al Traspasado nos atrevemos a mirar y tocar nuestras propias heridas. Allí donde palpamos nuestras llagas podemos abrirnos al auténtico sentido de la existencia. En los golpes y señales que va dejando la vida entramos en contacto con nuestro verdadero yo. La negatividad forma parte del camino recorrido y puede abrirnos más a Dios. Por eso la vida espiritual no debe plantearse como una *'terapia de escape'* para huir de la propia realidad sino que nos ha de ayudar a integrar el sufrimiento en el misterio de cada biografía. Sólo así podremos decir de verdad que *'sus heridas nos han curado'* (Is 53,5) y nos capacitaremos para ayudar a sanar las de otros traspasados.

Es preciso dejar que fluya en nosotros la fuente del Espíritu que brota del Corazón abierto de Jesús para que fecunde nuestra existencia concreta y no las ilusiones ficticias que son fruto de nuestro narcisismo espiritual. Sumergimos nuestras llagas en su amor y sentimos cómo nos toca hoy igual que hacía entonces. Le pedimos que nos cure -¡Hay que desearlo con todas las fuerzas!- y Él pondrá su mano sobre nosotros para que su energía sanadora afluya a nuestras heridas. Su perdón nos enseña además que no estamos atados a nuestro pasado, a los fallos cometidos, a las marcas y cicatrices que el camino recorrido ha ido dejando en nosotros. Podemos seguir conviviendo con ellas, si somos capaces de transformarlas en fuentes de vida.

El deseo de nuestro Fundador de vivir escondido en la llaga del Sagrado Corazón podría reinterpretarse en este sentido como un anhelo de comunión íntima con ese Pastor Herido que sabe de nuestras llagas y moratones porque también él las lleva impresas en su cuerpo. Que puede confiarnos el secreto para transformarlas en manantiales vivificantes. Que nos ofrece pautas para sanar las de los traspasados *'con el aceite del consuelo y el vino de la esperanza'*.

---

[2] Este neologismo, acuñado por la Prof. Adela Cortina significa 'miedo al pobre'.

Nos mostramos así como parte de esa Iglesia samaritana que vive del *'Principio Misericordia'* y es experta en consuelo. Una Iglesia que se deja 'herir' por las heridas de quienes hoy siguen teniendo su corazón roto y lacerado por el hambre, la guerra, la falta de educación o cualquier tipo de desamor. En ella los M.SS.CC. queremos vivir *'penetrados de los sentimientos de Jesús'* (Reglas nº 58) e identificados con sus actitudes más cordiales: la compasión, la ternura, la cercanía, la empatía, el perdón, la solidaridad...

Necesitamos urgentemente esa *'formación* del corazón' a la que se refería Benedicto XVI en la encíclica *Deus caritas est* (DCE 31), esa formación que nos llevaría a ser particularmente significativos en un mundo desgarrado, lleno de heridas evitables y cubierto de lacras que piden ser sanadas y, en todo caso, acompañadas, ungidas y acariciadas.

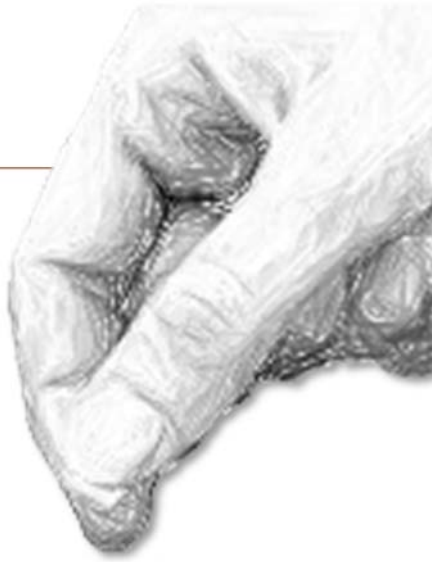
SEMILLA Y ANCLA: Fieles y esperanzados en la pequeñez.

La parábola de la semilla de mostaza (Mc 4,30-32) acompañó y dio sentido a la fundación de nuestra Congregación, un acontecimiento que vamos a celebrar de nuevo el próximo 17 de agosto. Con ella el Obispo Cervera animó al Fundador a no descorazonarse por las dificultades que pudieran sobrevenir en aquella aventura apenas comenzada.

Aquella semilla minúscula nos enseña hoy a aceptar nuestros sencillos orígenes y hasta la pequeñez actual de nuestra familia misionera y sacricordiana. Su sabiduría evangélica nos ayuda a renunciar a ciertos sueños de grandeza y expectativas exageradas e irreales sobre nuestro *'humilde Instituto'* que nos llenan a veces de nostalgias y de lamentos que poco nos ayudan a vivir nuestro carisma como fuente de felicidad.

Asumiendo la lógica de esta parábola renunciamos a querer controlar su proceso de crecimiento y nos afianzamos en aquel convencimiento que siempre iluminó al Fundador incluso en los momentos donde pudiera haber cundido el desánimo. La Congregación es *'obra de Dios y no nuestra'*, lo cual nos ayuda a situarnos en un sano realismo preñado a la vez de confianza y esperanza que nos libera de angustias que pueden obsesionarnos y debilitar nuestra respuesta a la vocación que hemos recibido como religiosos o laicos M.SS.CC.

A propósito de ello, no me resisto a reproducir aquí un hermosísimo texto escrito por el P. Kenneth Edward Untener y recogido en el número de la Revista CONFER del que os hablaba al inicio de esta carta:



‘Plantamos semillas que un día crecerán;
regamos semillas ya plantadas,
sabiendo que encierran promesas de futuro.
Ponemos cimientos que necesitarán un mayor desarrollo.
Proporcionamos levadura que produce
mucho más allá de nuestras capacidades.
No podemos hacerlo todo y, al darnos cuenta de ello,
sentimos una cierta liberación.
Esto nos capacita para hacer algo, y hacerlo muy bien.
Puede que sea incompleto, pero es un principio,
un paso en el camino,
una ocasión para que entre la gracia del Señor y haga el resto.
Es posible que no veamos nunca los resultados finales,
pero esa es la diferencia entre el jefe de obras y el albañil.
Somos albañiles, no jefes de obra; ministros, no el Mesías.
Somos profetas de un futuro que no nos pertenece’.

Nuestra pequeñez no debería preocuparnos tanto como a veces lo hace, por ejemplo frente a las salidas de algunos compañeros. No tiene sentido compararse continuamente con otros Institutos religiosos más ‘famosos’ o numerosos. Nunca hemos sido muchos y estoy por pensar que eso forma parte de nuestra identidad. No es el ser pocos en número lo que nos debilita, sino el enfriamiento del amor primero, del sentido de nuestra vocación y misión como ya hemos comentado más arriba.

Todo ello me hace pensar en la llamada *‘resiliencia’*, una de esas facultades que la sicología actual destaca como fundamental para la madurez humana y que podríamos definir como la capacidad de resistir y de sobreponerse ante la adversidad para seguir proyectando el futuro. Gracias a ella es posible enfrentarse y superar las crisis, mantenerse fieles y perseverantes en medio de las dificultades y del aparente fracaso.

Hemos sido llamados a dar fruto y el Señor hará fructificar nuestras semillas en el momento adecuado. El testimonio de nuestros Mártires del Coll, de nuestros misioneros religiosos -como el P. Paco Salinas del que ahora se cumplen 30 años de su fallecimiento- y laicos -como Ignacio Aldaz del que se ha publicado recientemente su semblanza-, nos ayudan a visualizar en qué consiste esta actitud tan cercana a virtudes como la perseverancia, la tenacidad o la constancia en medio de las pruebas. Como a ellos, no se nos pide éxito, sino fidelidad… Y eso resulta muy liberador cuando a menudo estamos tan sujetos y agobiados por las expectativas que los demás tienen sobre nosotros mismos.

El cultivo de la vida interior, del hábito reflexivo, de la capacidad trascendente, de la referencia a lo más genuinamente humano, de la sabiduría del corazón, de los valores… constituye la mejor plataforma para atravesar las tempestades y salir fortalecidos de ellas. Para desterrar miedos y crecer en fe/confianza. Para afrontar las dificultades con más serenidad, lo cual nos evitaría situaciones de estrés y hasta de angustia sin por ello dejar de ocuparnos responsablemente de aquello que nos han confiado.

No hay seguimiento sin cruz. Y no hablamos aquí de grandes contrariedades ni de sufrimientos que requerirían madera de héroes para ser soportados. Me refiero a esa *'cruz de cada día'* (Lc 9,23) que puede adquirir tantas formas concretas y que pone a prueba cotidianamente la calidad y las motivaciones reales de nuestro discipulado.

La *'cruz'* y la *'glorificación del Señor'* son las dos caras inseparables del mismo Misterio Pascual. Lo decimos en nuestro Credo M.SS.CC. al indicar cuál es la ruta que nos conduce a la salvación (Reglas nº 15). El Resucitado es también el Traspasado. Por eso no es sano desde el punto de vista humano y cristiano querer llegar a la meta sin cubrir las etapas que conducen a ella. Huir patológicamente de todo lo que signifique fracaso y sufrimiento, sin integrar maduramente estas dimensiones menos amables de la existencia, nos puede infantilizar e incapacitar para asumir la realidad tal como es, tratando de construirnos una realidad paralela e inofensiva que nos alienará del presente y nos impedirá gozar y padecer humanamente de lo que la vida nos vaya trayendo.

Entiendo además que la *resiliencia* está íntimamente vinculada a la esperanza, tradicionalmente simbolizada con el ancla, porque para resistir *'con invencible fortaleza y constancia'* en el fragor de la tempestad hace falta un fuerte asidero. Ese apoyo en medio del temporal lo encontramos en los Sagrados Corazones a los que el P. Joaquim se refería como *'áncoras salvadoras'*. Anclados en el amor que ellos simbolizan seguiremos sembrando semillas del Reino sin tirar la toalla y navegando por el *'borrascoso mar de este mundo'*[3] sin asustarnos cuando las olas golpeen nuestra barca (Mc 4,35-41).

A MODO DE CONCLUSIÓN

Y ya sólo me queda felicitaros cordialmente en este nuevo aniversario de nuestra Fundación en torno al cual se celebrarán en diversos lugares de la geografía congregacional las primeras profesiones de nuestros Novicios del Caribe y de Rwanda, las profesiones perpetuas de dos Estudiantes en la República Dominicana y de otro más en Mallorca, las renovaciones de votos del resto de los que viven en Yaoundé, Buenos Aires y Santo Domingo.

Del mismo modo comenzará en Butare un nuevo Noviciado con seis jóvenes que desean vivir su seguimiento de Jesús a la manera del P. Joaquim.

Con todo mi afecto y amistad:

SUPERIOR GENERALIS MISSIONARIORUM SS. CC. JESU ET MARIAE (MALLORCA)

P. Emilio Velasco Triviño, M.SS.CC.

Visitador General.

[3] Las expresiones entrecomilladas de este párrafo están sacadas de los sermones del P. Fundador.

Teléfonos: (34) 91 7255913 - 91 3613387 – Fax: (34) 91 3613815
E-mail: superior.general@msscc.org / www.msscc.org / www.fundacionconcordia.org

Para Orar y Compartir

Por si alguna comunidad o grupo desea utilizar esta carta para un día de retiro o de formación ofrecemos algunas pautas para la oración y la reflexión[4]:

Momento personal:

1. Lee la carta contemplativamente, sin prisas, implicando no sólo la razón, sino también el corazón. Fíjate en lo te 'toca' de un modo especial, lo que mueve tus sentimientos o evoca tus heridas, lo que te invita a algún cambio de mentalidad o de actitud y te llama al deseo de sanación desde la experiencia de saberte amad@ por Dios. Subraya alguna frase con la que te identificas por alguna razón.
2. Detente allí donde encuentres algo que te invita a transformar en oración lo que lees. Ora dando gracias, pidiendo perdón, presentando una necesidad… o simplemente haz un momento de silencio en adoración delante de Jesús, el Sanador Herido, el Traspasado que nos muestra sus llagas como fuente de vida verdadera. Déjate que Él toque lo profundo de tus heridas y pídele con insistencia que te cure de aquellas enfermedades que se han instalado en tu corazón.

Momento de grupo:

3. Compartimos con el grupo a partir de la lectura/oración realizada en el paso nº 1.
4. Dependiendo del tiempo que tengáis podéis profundizar en los diferentes apartados o en uno o dos de ellos. Os pueden ayudar las siguientes preguntas:
   - ¿Qué he aprendido en cada apartado? ¿Cómo me han ayudado a comprender la dimensión terapéutica de nuestra espiritualidad sacricordiana?
   - ¿Qué aplicaciones prácticas o qué 'terapias' concretas podríamos aplicarnos como personas y comunidades desde lo que se dice en torno a cada símbolo?
   - ¿Qué otros aspectos sanantes descubro en la espiritualidad del P. Joaquim?

Momento de oración:

5. Acabamos con un momento de oración compartida en forma de petición, de alabanza o de acción de gracias a partir de lo reflexionado personalmente y/o de lo compartido en comunidad. Concluimos cantamos un canto congregacional, por ejemplo *'Mirarán al que traspasaron'*.

[4] Como el texto es largo, otra posibilidad es subdividirlo para utilizarlo en varias sesiones.